De la virtud, culpable simpatía
Hacia el joven Román, de quien es tía.

Mas el oculto afecto su semblante
No traicionó jamás, ni dió esperanza
A quien suspira, silencioso amante,
Y el fuego della a descubrir no alcanza.
A Inés era Francisco repugnante
Y lo calla también: mar en bonanza
Su faz parece; mar tranquilo y hondo
Que recia tempestad guarda en el fondo.

Con todos siendo altiva e imperiosa,
Ante Don Lope, tímida se humilla,
De algún tiempo a esta parte, amable esposa;
Mas la mirada que en sus ojos brilla
Cuando la ultraja aquél con ira odiosa,
Déjase ver como fatal cuchilla
Que al mayoral destina esclavo rudo
Mientra al látigo vil se inclina mudo.

IV

Por qué Don Lope vino a América.

Mientras la esposa cubre diligente
Por medio del enjambre de criados
La mesa larga con mantel luciente,

Flores, frutas, manjares delicados,
Copillas de cristal, platos de argente,
Candelabros de cera coronados,
Cubiertos de trabajo peregrino,
Frascos de añejo aspecto y rancio vino;

Mientras que sale y entra disponiendo
Lo preciso al convite, y hechicera
El tontillo abultado va luciendo,
El talle cimbrador como palmera,
Los negros ojos de mirar tremendo,
La empolvada profusa cabellera,
Sarta de perlas, prendedor, cintillo,
El calzado sonante de palillo;

Trasladaré al lector a lo pasado
Cinco o seis años antes, y en privanza
Le haré ver a Don Lope y festejado
Allá en Madrid por el favor que alcanza.
Una misma pasión nudo apretado
De franco afecto e íntima alianza
Formó entre el noble y brusco caballero
Y el poderoso rey Carlos Tercero.

Con raro afán desde que el alba asoma
Van los dos a cazar todos los días:
Montado el rey en el corcel que doma,
Sueltas a un lado y otro las jaurías,
Vaga del hondo valle a la alta loma
Hasta que llegan las tinieblas frías;

Y siempre al perseguir al erizado
Jabalí, a Don Lope tuvo al lado.

Infatigable y diestro el noble adusto,
No siempre ha limitado sus hazañas
A fácil presa o a luchar sin susto
Con el temible lobo en las montañas.
Antes su brazo enarboló robusto
El glorioso pendón de las Españas
Frente al peñón de Gibraltar temido,
Del plomo del inglés quedando herido.

Sangre ilustre heredó de sus mayores
Y con ella riqueza en abundancia;
Preciados son sus títulos y honores,
De sus predios inmensa es la ganancia;
Pero sus prendas deslució mejores
Ira fatal, insólita arrogancia,
Que al menor accidente se exaspera
Y es, como luego dicen, una fiera.

Es duro pedernal que, del acero
No bien tocado, en luminosa chispa
Deja el fuego brotar; si enojo fiero
Nubla sus ojos y sus labios crispa,
No reconoce freno el caballero,
Y semejante a la irritada avispa
De su panal lanzada, va sin tino
Hiriendo a cuantos halla en su camino.

La pasión de la caza era ya vicio
En el famoso rey, que, al fin, acaba
El fardo por soltar de su alto oficio
Trocando el áureo cetro por la aljaba.
Del poder absoluto el ejercicio,
Y no de tino exento, encomendaba
A la sabiduría y los afanes
De los condes de Aranda y Campomanes.

En esta corte y por aquellos días,
Trasponiendo los altos Pirineos,
Apareció con ínfulas sombrías,
De novedad envuelta en los arreos,
Copia fatal de máximas impías
Que ya ostentaba tronos por trofeos,
Y afilaba del pueblo en la ignorancia
Puñal que luego ensangrentó a la Francia.

A su soplo mortal ¡cuánto sufrieron
La fe y el entusiasmo y la hidalguía
Que de siglos atrás innatos fueron
Al pueblo a quien el sol no se ponía!
La Cruz, a que los moros se rindieron,
La Cruz, que un mundo ignoto descubría,
Vió detenido el vuelo a que se lanza
De la humana razón por la balanza.

Y aquel soplo mortífero que hiela
Todo amor que no sea el de sí mismo,
La generosa sed que gloria anhela

Llega a trocar en sórdido egoísmo:
A la ambición rastrera pone en vela
Y abre a la sociedad profundo abismo,
Haciendo al pueblo conculcar las leyes,
Convirtiendo en tiranos a los reyes.

Tuvo el de España parques destinados
A la conservación y fácil cría
De corredoras liebres y venados;
Más que al reino a sus parques atendía;
A la planta del vulgo eran vedados,
Y a quien mano sacrílega ponía
En guardas, pastos, provisiones, fieras,
Reservaba la ley penas severas.

Del rey el guardabosque a su presencia
Llegó una vez, y en ademán confuso
Y después de una y otra reverencia
Cual de vasallo a rey estaba en uso,
No sin servil temor grave ocurrencia
En estos u otros términos expuso:
—De la bellota junta en la alquería
Eché a los ciervos la ración del día;

Y ya me retiraba, cuando advierto
Que al pasar de Ramón el aldeano
Un segador para el vecino huerto,
A las bellotas extendió la mano.
Volví luego a contarlas, y por cierto
Que un hurto dellas cometió el villano.

—¿Y la falta cuál es que en ellas notas?
—Faltaron al montón siete bellotas.

—¡Siete años a presidio el aldeano
Cuyos mozos me roban! el rey dijo.
Llegó Ramón y suplicóle en vano
Que revocara la sentencia; el hijo,
A quien la esposa trajo de la mano,
Al rey miraba con afán prolijo,
Con inocentes lágrimas los ojos,
Ramón, la madre y él puestos de hinojos.

A interceder por ellos compasiva
La reina Amalia, de virtud dechado,
Vino cerca del rey, y el rey la esquiva
Con terrible ademán y gesto helado.
Trémulo el labrador, la faz altiva,
Se levanta y, de guardias rodeado,
Como si fuese reo de homicidio,
Con la cadena al pie marcha al presidio.

Al llanto de la esposa desolada
La ira en todo el lance reprimida
De Don Lope en el pecho, desatada
Con voces de furor se abrió salida.
En su buen corazón y en su alma honrada
De la justicia el sentimiento anida,
Y al verla hollar, en ciego paroxismo
El respeto a su rey quebranta él mismo.

—¿Quién vió jamás de iniquidad tal muestra?
¿Os dió Castilla el cetro, por ventura,
Porque con él la maltratase vuestra
Mano real?—le dice y le asegura
Del brazo izquierdo con la fuerte diestra
Y en sus ojos la cólera fulgura,
Y la corte de escándalo da un grito
Y ve al rey y a Don Lope de hito en hito.

Carlos, un punto estupefacto y mudo,
Si bien el rostro pálido de ira,
Rechaza al noble con esfuerzo rudo,
Ase la daga y con horror le mira.
Y como quiso hablar y hablar no pudo,
A la inmediata alcoba se retira,
Y entre la confusión que el lance deja
Lope de allí con rapidez se aleja.

Y de la corte huyó, y huyó de España
Renunciando sus títulos y honores;
Hondo pesar el corazón le daña
Al recordar del rey altos favores.
Quiso aplacar su enojo y justa saña
Y a tal fin le escribió de las Azores,
Do, con supuesto nombre, en triste día
Halló refugio impune su osadía.

Carlos le perdonó; pero le cierra
La augusta majestad, dél ofendida,
Las puertas ¡ay! de la nativa tierra,

Y le manda que en Méjico resida.
Tal porvenir su espíritu no aterra;
La mar, en el invierno enfurecida,
Surca su nave audaz con rumbo cierto
Y arriba, al fin, de Veracruz al puerto.

V

Casamiento de Don Lope.

Mayo expiraba ya, tras sí dejando
Rico matiz de flores en la tierra,
Cielo de oscuro azul, céfiro blando,
Verde y sin nieve alguna el alta sierra.
Si pardo nubarrón se va formando
Y si retumba el trueno en són de guerra,
Es que se anuncia a campos y ciudades
El mes de las sonoras tempestades.

Pero trina en el árbol sin recelo
El pájaro cantor, murmura el río
Reverberando al sol, cruzan el cielo
En bandadas las aves del estío,
Y se destacan del quebrado suelo
Pardas las torres, blanco el caserío;
Y la ciudad a celebrar se apresta
Del CORPUS hoy la religiosa fiesta.

Del fresno y liquidámbar enlazados
Forman los tallos enramada umbrosa
Por las alegres calles, y a los lados
La multitud se agolpa silenciosa.
Hay altares riquísimos alzados
Acá y allá, do el Sacramento posa,
Y el soplo hace ondular del aura amiga
La llama del blandón, la rubia espiga.

Desde las torres el metal sonoro
De las campanas su clamor da al viento;
De atambores y pífanos el coro
Suena si calla musical concento.
Lleva el pastor en relicario de oro
La Augusta Majestad del Sacramento,
Y al pasar de soldados entre hileras
Humíllanle sus armas y banderas.

Abre la procesión y se adelanta,
El estandarte de la cruz llevando
Con brazo fuerte y con segura planta,
Noble anciano que ejerce civil mando.
Turba de niños que la vista encanta
Ángeles o sibilas figurando,
Sigue después, y porta pebeteros,
Haces de trigo, frutas y corderos.

En blanca nube de oloroso incienso
Que arde en braseros de bruñida plata,
Se oculta el Dios que con poder inmenso

Enfrena el mar y el aquilón desata.
Mírale el sol desde el zenit suspenso,
Y su alabanza en armonía grata
Ensayan aves, céfiros y fuentes,
É inclínanse ante Dios todas las frentes.

¡Tiempos de dulce paz y fe sincera
En que la vida resbaló tranquila
Cual arroyo que cruza la pradera
Hasta llegar al mar do se aniquila!
Llama apacible que con mano artera
No apaga la impiedad, ni al viento oscila
De la funesta duda, la Fe santa
La vida alegra y el sepulcro encanta.

¡Tiempos de fe y amor! ¡Si fuese dado
Teneros en lugar de los presentes!
Contra sí, contra el cielo se han alzado
En su impiedad las orgullosas gentes:
De Dios y de su Ley han blasfemado,
Profanan los sepulcros, y dementes
Cierran contra los templos seculares
Convirtiendo en escombros los altares!

Escuálida y febril siéntase en tanto
A nuestra mesa el Hambre; arde y aterra
Y sangre hace verter y largo llanto,
De acero armada asoladora Guerra.
Negras las torpes alas, negro el manto,
Sobre la faz de la afligida tierra

La Peste vuela, y en su obscuro seno
Halla sólo refugio y paz el bueno.

¡Si los hallase yo bajo la sombra
De aquellos resonantes platanares,
Donde de flores hay perenne alfombra
Y embalsaman la atmósfera azahares;
Donde el cariño paternal me nombra;
Donde el rincón de mis antiguos lares
Muestra limpios blasones de nobleza,
Que hoy lo son el trabajo y la pobreza!

¡Engañosa ilusión! ¡Inútil voto!
En este mar de que salir anhelas,
Pobre alma mía, y que enfurece el noto,
Boga mi nave audaz rota y sin velas.
Siendo inexperto y débil el piloto,
En el fondo, cual tímidas gacelas
Atadas van, para que más te aflijas,
Mi amante esposa y mis pequeñas hijas.—

Vuelvo a mi narración. Triste y cansado
De contemplar la estéril playa ardiente
Que con sus ondas bate el Golfo airado,
Intérnase Don Lope. Alta pendiente
Encumbra su corcel, ya fatigado,
Y el caballero aspira fresco ambiente,
Y entre el quebrado monte y fértil vega,
Jalapa ante sus ojos se despliega.

Creyó ver a los lados del camino,
Que cual serpiente inmensa se extendía
En llano de labores peregrino,
Los campos de la hermosa Andalucía.
Brillaba el caserío alabastrino
Con el rayo del sol de medio día,
Sobre el fondo del monte azul o verde,
Donde a trechos entre árboles se pierde.

En lontananza el Cofre se levanta;
Citlaltepetl su majestad domina,
Coronado de nieves que abrillanta
El astro rey; en la región vecina
Los sitios mira do el labriego planta;
Allá el espeso bosque y la colina;
La blanca oveja más acá retoza
Junto al umbroso huerto y limpia choza.

Encantado el ibero avanza en esto,
Y en la ciudad penetra y le parece
De frescas flores primoroso cesto
Según la gala que a su vista ofrece.
Cruza las calles y con paso presto
Hacia el lugar donde el gentío crece
Dirígese curioso, y ver consigue
La procesión que su carrera sigue.

El brillo de la fiesta religiosa,
El cielo azul, el perfumado viento,
Los ecos de la música armoniosa,

De las campanas el alegre acento,
El alma varonil, pero piadosa
De Don Lope, conmueven al momento:
La faz inclina, y con ternura intensa
En sus azares y en su patria piensa.

Al levantar la vista halla en seguida
Coronados balcones y ventana
De hermosas damas; dominando erguida
A las otras esbelta mejicana
Con ricas galas y primor vestida,
Soles los ojos, las mejillas grana,
En el hidalgo su mirada puso
Estático dejándole y confuso.

No es aquella beldad que afecto inspira
Con solo ser gentil, modesta y blanda;
Es la altiva beldad que cuando mira
Las almas quema y con imperio manda.
Quizá ajeno al amor, mas no a la ira,
Nunca su fuerte corazón se ablanda;
Lleva en su faz los rasgos uno a uno
De la fiereza indómita de Juno.

Quitar della la vista el caballero
Por más que luego quiso, ya no pudo,
Si bien lo que en su sér sintió primero
Más que grata emoción fué golpe rudo.
De Inés los ojos de mirar severo
De la ventana al pie le tienen mudo;

Le ofusca más y más su brillo ardiente
Como fascina al ave la serpiente.

Y el noble que las fieras avasalla
Y a quien el plomo del inglés no abate,
En esta nueva lid fuerzas no halla
Y de rubor se queda hecho un granate.
Pasa el tiempo y en áspera batalla
Más cada día el corazón le late
Por la doncella en quien su dicha funda,
Y el cuello dobla a la nupcial coyunda.

Era Inés sola hija de un minero
Que sus caudales sepultó en las minas,
Y halló en la pretensión del caballero
Vetas de plata y oro peregrinas.
Para avío tomó de su dinero
Con desenfado sumas no mezquinas;
Su paloma le dió con todo y garras,
Y, en esperanza ricas, ocho barras.

Ella, que el lujo amaba y la opulencia,
Por interés y orgullo fué su esposa,
Y se fingió bellísima existencia
Libre de afanes y pobreza odiosa;
Y Don Lope, al tomar en la presencia
Del cura aquella mano deliciosa,
No vió en su ceguedad, de dicha lleno,
Que el corazón de Inés era de cieno.